

Cultura y Sociedad

«¿Y por qué Azorín no tuvo hijos?»

► La obsesión de Vargas Llosa por el sexo

Juanjo Payá



■ Mario Vargas Llosa visitó por primera vez la Casa Museo Azorín de la CAM en Monóvar en el verano de 1993. Eran por entonces días de mucho calor, motivo por el que incluso se le invitó al escritor peruano a posponer en meses venideros aquella cita cuando llamó su biógrafo. Pero fue en ese instante cuando el autor de *Conversación en la catedral* tomó el teléfono y dijo: «Hola, soy Mario Vargas Llosa. ¿Cuándo podría conocer la casa y biblioteca de Azorín?». «Cuando usted quiera». «Pues mañana». Y así fue.

Vargas Llosa pasó algo más de cuatro horas recorriendo el hogar de José Martínez Ruiz, y parecía no fatigarse nunca, según relatan las personas que le acompañaron. Era como un niño rodeado de caramelos, sólo que éste no cesaba de

no estalló hasta que Vargas Llosa, con un tono de voz pausado, como requiriendo intimidad, soltó una de las cuestiones que más le preocupaban desde que pisó Monóvar: «¿Y por qué Azorín no tuvo hijos?», preguntó en alto.

Según reconoció, Vargas Llosa andaba por esos días obsesionado por la sexualidad en Azorín y Borges, una temática que consideraba necesaria para conocer la vida de un escritor. Sea como fuere, lo cierto es que el sexo es un asunto muy recurrente en las novelas de Vargas Llosa. Obras como *El paraíso en la otra esquina* o *Travesuras de la niña mala* ahondan precisamente en esta cuestión. Pero aún hay más, porque el escritor peruano tuvo un extraño matrimonio al casarse con una prima hermana suya, algo no muy habitual.

«Afuera de la maciza casa de piedra con balcones y cancela de hierro, a la que se asocian más de treinta años de vida de Azorín,



El escritor, en su visita a la Casa Museo de Azorín, en 1993. CRUCES ERNES

preguntar: religión, manías, pautas de trabajo, vida familiar, la vieja máquina de escribir, sus epístolas con otros escritores, sus cuadros... Quizás el momento más íntimo fue cuando le entregaron la llave que abre la biblioteca azoriniana que contiene miles de volúmenes del maestro de Monóvar. Libros de un valor incalculable, no ya por su antigüedad, sino por las entrañables dedicatorias que amigos como Ortega y Gasset, Pío Baroja, Valle-Inclán o Gómez de la Serna sellaron en sus páginas.

A Vargas Llosa se le veía especialmente emocionado, y conforme aumentaba su sed de conocimientos, acortaba los silencios protocolarios entre pregunta formulada y respuesta recibida. Resultó muy difícil despegarle de la casa, de los libros y de las dudas que se le amontonaban cuando llegó la hora de la comida. Fue entonces cuando la mujer de Mario Vargas Llosa desveló, pegada al oído del director del museo, uno de los secretos más apreciados por todo escritor: «Que sepa usted, don José, que Mario siempre guarda un libro de Azorín en su mesilla de noche».

Sin embargo, la mayor sorpresa

arde un sol de espanto que amenaza con incendiar el pueblo levantino y abrasar los limoneros y las barras de contorno y convertimos en llamas a sus visitantes. Mis acompañantes sudan la gota gorda y están a punto de desplomarse, deshidratados y exhaustos. Pero José Payá Bernabé sigue, incansable, mostrando repisas y sillones, explicando cuadros, desvelando antiguallas, glosando cartas, señalando bastones y chisteras y yo, fiel y próximo como su sombra, no pierdo sílaba de lo que dice», escribió Vargas Llosa tras su visita en el periódico *El País* y *La República* de Roma.

Con todos los misterios que cerró su visita a la Casa Museo Azorín de la CAM en Monóvar, en 1996 todos ellos se destaparon cuando se descubrió su discurso de ingreso a la Real Academia Española se lo dedicó al autor de *La Voluntad* con palabras como estas: «*La Ruta de don Quijote*, de Azorín, es uno de los más hechiceros libros que he leído. Aunque hubiera sido el único que escribió, él sólo bastaría para hacer de Azorín uno de los más elegantes artesanos de nuestra lengua».

Vecino ilustre. 1993 fue el año en el que Vargas Llosa pisó la provincia por primera vez, guiado por las letras que su admirado Azorín plasmó en «La ruta de Don Quijote». Con los años, se sentó en la terraza del quiosco alicantino de Peret, asistió al Mig Any de Alcoy, criticó a Fujimori en Benidorm y obtuvo los honores de Universidad de Alicante.

Un asiduo visitante a la provincia durante veinte años

► El embrujo que Vargas Llosa sentía por la escritura de Azorín le ha llevado a recorrer Alicante en varias ocasiones ► Fue invitado por la CAM en 1993 y 2003 e investido como doctor honoris causa en 2008

A. PRADO

■ Es grande la huella que el escritor Vargas Llosa ha ido dejando desde hace casi dos décadas por la provincia de Alicante con sus visitas. La última de ellas fue hace dos años, en 2008, cuando la Universidad de Alicante reconoció su contribución académica con su nombramiento como doctor honoris causa -un acto al que no acudió del presidente de la Generalitat, Francisco Camps- pero 1993 fue la primera vez que recaló en la provincia y pudo cumplir uno de sus anhelos al contemplar las interioridades de Azorín en la Casa Museo de Monóvar.

En junio de 1993, invitado por la CAM, pudo comprobar «el mundo directo y sencillo» de Azorín escudriñando por los rincones de la casa cada cuadro y cada apunte de los numerosos escritos del escritor monovero, del que decía que «su gran hazaña, como escritor, es haber probado que, si no en la vida, en el arte, lo aburrido puede ser ameno, lo bello, feo, y lo intras-

cente, trascendente».

En aquel momento, su derrota electoral en las urnas como candidato a la presidencia de Perú estaba reciente y en una entrevista concedida a este diario en Alicante criticó duramente el ascenso al poder de Fujimori, cuyo apoyo popular inicial confiaba en que se convirtiera en una «enajenación momentánea». El autor de *La ciudad y los perros* afirmó que con el golpe de Estado de Fujimori «Perú es la excepción a la regla en un continente en proceso de democratización, ha creado un precedente muy negativo, pero mi esperanza es que los peruanos reaccionen».

Pero su paso por la política, que siempre consideró transitorio, no frenó su escritura y apuntó que el título de su próxima novela sería, como fue, *Lituma en los Andes*.

Cuatro meses después, viajó a Benidorm para participar en un seminario sobre la libertad en Iberoamérica, donde denunció los intentos de Fujimori de institu-



cionalizar la dictadura en su país. En esta ocasión, coincidió con el vicepresidente de Nicaragua, Virgilio Godoy, en la ciudad gobernada por Eduardo Zaplana antes de ser presidente de la Generalitat.

En 1995 visitó Alcoy como invitado de honor al Mig Any e incluso aprendió a desfilar en una fila



Tribuna

Rosa Carrizosa

Reconciliación, **Schiele** y Palestina. Dos nombres y un acto que vinculan mi experiencia lectora con la obra de Vargas Llosa, nuevo «laureado» ayer por la Academia Sueca.

El hartazgo que hace muchos años me suponía el bombardeo del «boom» de la literatura latinoamericana - del que sólo excluía a **García Márquez** - me llevó a creer que «castigaba» al peruano con mi decisión de apartarlo de mis preferencias, cuando en realidad me negaba el pla-

¡ES UN SCHIELE!

cer de leer la precisión de sus textos, la rigurosidad de sus localizaciones -geográficas o históricas-, las descripciones desnudas de la crudeza o las recreaciones sugerentes de muchos mundos novelados. Después, la sombra del «castigo» se volvía a imponer en mi querencia. El hoy Premio Nobel rechazaba hacerme unas declaraciones, como periodista, en una visita que hizo a Elche. Era saliendo del Hort del Xocolater. Me pareció tan activo, tan displicente... Pareciera que el autor de tantas grandes obras despreciara a lo que en Madrid llaman «la prensa de provincias».

Por este episodio y aquel sentimiento de hartazgo, la reconciliación lectora tenía que ser doble. Primero, con los autores del

«boom» y, después, con el peruano. *Los cuadernos de don Rigoberto* (Alfaguara, 1997) hicieron el milagro. Las páginas de la novela no sólo me envolvieron con su erotismo, la sensualidad insinuada e imaginada, sino que esa especie de tratado de pintura me descubrió la necesidad de corregir la gran laguna personal que tenía sobre la expresión pictórica. Tanto aprendí en esas páginas sobre movimiento, trazados, colores, sugerencias... de la obra del pintor austriaco que un día entrando en la casa de un amigo al ver colgada una reproducción de una bailarina sentada inmediatamente exclamé: «¡Ese es un Schiele!» Como si fuera una gran conocedora de su obra. Al contrario, no había visto un cuadro suyo en mi vida. Pero

